

NOTAS CRITICAS

LA OBRA DEL P. ANTONIO PEREZ GOYENA, S. J. (1)

El «Ensayo de bibliografía navarra» del P. Antonio Pérez Goyena S. I. ha llegado, en curso de publicación, al cuarto tomo. Termina éste con la ficha 2.764 y se llega al año 1790. Asusta pensar lo que supone de trabajo paciente, de investigación escrupulosa, de cuidada comprobación, incluso de lucidez visual y mental en el P. Pérez Goyena que remonta tan garbosamente su edad avanzadísima en esta verdadera selva de papeletas. Y en tiempo, trabaja todavía a lo largo de 12 años pues su propósito bibliográfico llega hasta el año 1910: Dios nos lo conserve hasta la feliz terminación de esta obra magna que será honor altísimo de su esfuerzo y honor también de la Institución «Príncipe de Viana». El tomo III comienza en el año 1701 con la ficha 1.069 y, como se ha dicho, el IV termina con el año 1790 y la ficha 2764: se trata, pues del siglo XVIII con un volumen de 1695 publicaciones, número muy elevado, aún teniendo en cuenta que no se trata solamente de libros. En uno y otro tomo, las fichas registradas por el P. Pérez Goyena aportan un caudal muy copioso e interesante para la historia civil y religiosa de Navarra y de Pamplona. Basta citar un ejemplo: véanse, p. ej. las páginas 12-13, 16, 19-20, 49, 52, 157, 167, 218, 232 337, 349, 356, 358, del tomo IV y comprobaremos fácilmente la afirmación: son datos de interés, todos, de excepcional interés no pocos, para la aclaración de nuestra historia. En el tomo IV ocurre lo propio. En la página 229 se aclara —es uno de tantos detalles— que en Navarra no hubo, entre los jesuitas, más Cronista después del P. Elizondo contra la afirmación del P. Hervás y Panduro de que el P. Joaquín Solano desempeñó ese cargo. En la 483 se hacen aclaraciones bibliográficas de indudable interés sobre la traducción del famoso Año Cristiano del Padre Croisset. En la 629 se nos hace recordar a dos escritores navarros, enterrados en el olvido, que lograron notoriedad: Vicente Rodríguez de Arellano, autor de unas décimas —entre otras obras de su ingenio fácil— que gustaban a Mesonero Romanos y al artajonés López de Reta, que tradujo el «Consuelo de la Filosofía» de Boecio. A Rodríguez de Arellano cita el P. Blanco García como lumínar máximo, aunque de la escuela abominable de Cornelia. Por lo demás, se trata del siglo XVIII y en lo que atañe a obras selectas, no podemos pedir peras al olmo: es una época dominada por el tono mediocre. Sin embargo, no faltan ediciones de obras como las de Cicerón, Virgilio, Ovidio,

(1) Diputación Foral de Navarra. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Institución Príncipe de Viana. «Ensayo de Bibliografía Navarra». Desde la creación de la Imprenta en Pamplona hasta el año 1910. Por el P. Antonio Pérez Goyena, S. J. Tomos tercero y cuarto, 1951. Imprenta de Aldecoa, Burgos. III, 663 páginas. IV, 678 páginas, in-4.º.

Nepote, Nieremberg, Ribadeneira, Torres y Villarroel Alcántara, Ripalda, Nebrija, Cádiz, San Juan de la Cruz, Vives; entre los nuestros, Moret, Calatayud, Larraga, Aleson; ni faltan Mendiburu, Cardaveraz Larramendi, Miranda Argaiz, Feijoo, y entre las traducciones citaremos a Croisset y a Du Chesne, autores que dan tono a la producción en una época de acusado mal gusto.

Insisto en que esta Bibliografía ofrece un interesante y copiosísimo material para la historia de Navarra y de Pamplona que habrán de consultar cuantos la escriban. Los tomos siguen con sus índices onomásticos y los índices generales que facilitan grandemente la lectura.—E. E.

UN LIBRO INTERESANTE DE MR. DEFOURNEAUX (1)

Relata el autor el considerable movimiento expansivo de Francia, durante los siglos XI y XII, hacia España, especificando que el motivo de venir a España fué el de cooperar a la Reconquista, lo que no impidió que quedase una huella bastante durable, en lo militar, religioso y económico, del paso de los franceses. Desde la primera página de su muy interesante obra, Marcelin Defourneaux se cuida de fijar su actitud: el tema de la aportación de Francia al esfuerzo de España en la reconquista ha sido estudiado de modo diferente por los historiadores de uno y otro país, prolongándose, cortésmente la polémica por largo tiempo. El autor descarta todo propósito de polémica y pretende ofrecer una perspectiva de conjunto referente a la intervención de Francia, durante siglo y medio, en la península ibérica.

Excepcionalmente utiliza documentos inéditos, y si bien reconoce que los archivos de España contienen mucha documentación, no utilizada todavía, sobre la actuación de elementos franceses, principalmente en el aspecto económico y en la repoblación de «regiones devastadas», cree que ulteriores investigaciones no han de modificar las conclusiones de su obra en lo que atañe a la penetración francesa en España y a su influencia en un «período decisivo de la historia de la península». Comienza por resaltar el hecho de que en época alguna, como en la Edad Media, ha dejado de ser frontera el Pirineo. Por los flancos occidental y oriental de la cadena, vascos y catalanes de ambas vertientes han tenido comunidad de lengua, intereses y tradiciones. Las crestas pirenaicas no eran frontera política, pues mientras los Reyes Capetos mantienen el principio de su autoridad feudal sobre Cataluña, los Condes de Barcelona trabajan en la transformación del Languedoc en posesión española; y los Reyes de Navarra encajan en el radio de sus dominios una parte de la vertiente septentrional de la cadena pirenaica, y por fin, desde el siglo XI, los puertos se pueblan de gentes que son peregrinos de Compostela, monjes negros de Cluny, y blancos del Cister, y Caballeros cruzados que, atraídos por la lucha contra el infiel cruzan el Pirineo rumbo a España tras el botín, la gloria y la esperanza de una eterna recompensa.

Este ir y venir, adquiere a fines del XI y en el primer tercio del XII, mayor volumen y ya aspecto de continuidad: elementos franceses adquieren relieve considerable en la evolución política, religiosa y social de España. El autor

(1) Marcelin Defourneaux, «Les Français en Espagne aux XI^e et XII^e siècles». Paris, 1949.

reconoce que la importancia de esta influencia francesa no deja de ser efímera; a mediados del XII la afluencia de cruzados afloja, los franceses empadronados en tierra ibérica son rápidamente asimilados por los indígenas; los españoles recuperan la posesión de los beneficios eclesiásticos y las tierras otorgadas a los extranjeros, los barones «ultramontanos» desaparecen de las comitivas de los Reyes. Pero este intenso intercambio, moral y material, ha clavado su marca en el arte y en la literatura de los dos países. Este período estudiado por Defoumeaux tiene sus límites cronológicos: los señalan los mismos acontecimientos: con la muerte de Almanzor en 1002 se inicia el gran período de la Reconquista en la que Francia participa con su clero, sus caballeros y sus colonos. Dos siglos más tarde (1212) la batalla de las Navas de Tolosa cancela este período de colaboración: la retirada («le départ») de casi la totalidad de combatientes que llegaron de Francia, antes de la batalla decisiva, prueba que ya no existía el espíritu «cruzado» de la época anterior. Al año siguiente, Pedro de Aragón cae en Muret en defensa de sus vasallos del Languedoc amenazados por los albigenses, y con la muerte del Rey se liquida la política de expansión española en el Sur de Francia.

En lo sucesivo, las relaciones franco-españolas se regirán por un nuevo plan. Después de una introducción (3-16) sobre la situación de España, a comienzos del XI, dedica el autor el Cap. I (17-58) a la penetración y actuación del Clero francés, Cluny y el Cister, principalmente, en España: el II (59-124) a la peregrinación de Compostela y la intervención de Francia: el III (125-193) al estudio de las Cruzadas españolas: el IV (194-257) a los franceses «de España» en el siglo XII: y el V que es el último (258-316) a España y la epopeya medieval. En la Bibliografía, muy extensa, utiliza fuentes de relatos, españoles y franceses, cartularios y obras cuya relación ocupa las páginas 317-329: está lo más antiguo y lo más moderno. Hay en la obra método, lógica y claridad, en lo que Defoumeaux delata sensibilidad literaria auténticamente francesa, cualidades exquisitas que ya puso de relieve en su obra «Juana de Arco y la Francia de su época». No cabe, en una reseña, hablar de todos los aspectos que la obra abarca, en todos los cuales procedería, sin duda, hacer cuando menos alguna aclaración, como por ejemplo en la intervención monástica francesa, en lo que a Navarra atañe. Los hechos no pueden negarse: posible es que los hayamos aminorado, o no los hayamos valorado en toda su importancia. Mas no se trataba de una intervención exclusivamente francesa en nuestros monasterios: era un problema de mayor alcance dentro del sistema feudal; en la carta que nuestro Sancho el Mayor recibe del Obispo Oliva, en 1023, queda bien definido este problema: no «permitas que prevalezca la conjura de los hombres malos contra las leyes divinas y los estatutos de los santos, en lo que se refiere a las iglesias y a la corrección de los monasterios». Los monasterios eran feudos particulares, fuesen Obispos o señores laicos, sus propietarios, lo que entorpecía grandemente la vida de perfección. Pero la situación de los monasterios españoles, amenazados por un Ejército con la consigna de destruir templos, no se encontraba en iguales circunstancias que los de Gascuña y Aquitania. Por este motivo, Sancho el Mayor, sin duda, procedió cautelosamente en la reforma confiada a Paterno, reforma implantada en San Juan de la Peña, continuada en los demás monas-

terios aunque no de modo tan radical como en San Juan de la Peña, pues se levantaban poderosos obstáculos para la práctica de los monasterios libres, hasta el punto de que el P. Pérez de Urbel dice: «Todo parece indicar que el caso de San Juan de la Peña fué único» (2). Reconoce Defourneaux que la obra reformadora de Cluny tropezó con resistencia en los monjes españoles, lo que él atribuye principalmente al cambio de la liturgia que la tal reforma implicaba, y no a reacción nacional, como lo hace Muñoz y Romero, lo que a Defourneaux le parece exagerado. La obra se lee con mucho agrado, y el interés no decrece en ningún momento. Singular importancia tienen no pocos apartados de varios capítulos, para Navarra, y especialmente la manera del autor de tratarlos, como por ejemplo, el caso de la Navarrería y de San Cernin, en Pamplona.—E. E.

(2) Sancho el Mayor de Navarra. Madrid, 1950. Páginas, 316.

DE LA HISTORIA CARLISTA (1)

A tono con las características literarias de sus anteriores libros, Francisco López Sanz, nos ofrece esta nueva obra suya. El título es acertado, porque, como él confiesa, no trata de escribir la historia del Carlismo, pero cuanto contiene el libro pertenece a esa historia. Quiere esto decir que López Sanz no es un técnico que indaga, compulsula, ordena, rectifica y monta el armazón de la historia, a documentos vistos y comprobados, sino que la da por hecha o sabida, y recoge episodios, escenas, situaciones, hechos que, a su juicio, merecen exaltación por la riqueza de su contenido. El subtítulo aclara la finalidad de estas páginas: en esos relatos admiramos ejemplos fehacientes de abnegación, renunciamiento, heroísmo y sacrificio. Esto, naturalmente, plantea un curioso problema, del que aquí no vamos a tratar, pero que es lógico apuntarlo. ¿Contamos hoy con una Historia cabal, completa, del Carlismo? Contamos, desde luego, con las que van incluidas dentro de las generales de España; contamos con algunas parciales, la de don Antonio Brea por ejemplo, digna de nueva reedición; contamos con la moderna y discutida de Oyarzun y la más restringida de Juan José Peña Ibáñez, más no creo que el tema histórico esté, por eso, agotado ni mucho menos. Y siendo esto así, ¿de qué historia ha sacado López Sanz esos relatos? De cuanto se ha escrito en monografías, revistas, periódicos, y otras obras en las que incidentalmente se habla de la historia carlista y también de las caudalosas y siempre frescas fuentes de la tradición, lo que indica que existe un material histórico riquísimo, a falta de un esfuerzo técnico que nos diera los volúmenes de una Historia espléndida como todo rigor científico y toda verdad. Este libro de López Sanz, ante todo, es una hermosa aportación que se haría indispensable para la gran obra que hoy no existe. Los episodios están ordenados, bien plausiblemente, por preferencia cronológica, lo que

(1) Francisco López Sanz. «De la Historia Carlista. Abnegación, renunciamiento, heroísmo, sacrificio». Prólogo de Jesús Elizalde. Editorial Navarra, S. A. Pamplona, 1951. 378 páginas más índice, in-8.º.

nos da un panorama de rigurosa perspectiva histórica, desde el momento en que comparece en la historia de España el Carlismo hasta el 28 de febrero de 1876 en que Don Carlos VII pasa a Francia por Valcarlos. El Sr. López Sanz anuncia la continuación de esta obra porque en ella principalmente ha recogido episodios de carácter bélico, y en la Historia carlista queda un caudaloso anecdotario de tipo heroico, idealista y ejemplar.—E. E.

EL FRACASO DE OROQUIETA (1)

Se titula así esta linda monografía de Jaime del Burgo. Con monografías de este tipo, se completa la historia carlista en el aspecto bélico, en cuyo conjunto, la batalla de Oroquieta es un inciso lamentable nada más. Kirpatrick nos dejó una relación algo extensa, pero tampoco se califica la importancia del hecho que tuvo, y no poca, y que es preciso valorarla para un conocimiento completo de la realidad en todas sus circunstancias, tanto antecedentes como en las derivadas de su fracaso. Cuando Arjona dice que «Oroquieta volvió al Rey a Francia y Amorebieta le impidió volver a España», deja entrever la mucha repercusión de aquella batalla, en la que unos pocos cientos de carlistas, con notoria escasez de municiones, tuvieron que ceder el terreno a miles de soldados bien abastecidos del General Moriones. Don Carlos llegó a España por Vera de Bidasoa el 2 de mayo de 1872. En las proclamas de Don Carlos, fechadas en aquella villa bidasotarra, arde el fuego de la fecha —2 de mayo— inolvidable para España. Y el 4 del mismo mes, durante la noche, tuvo que huir por Ulzama a los Alduides. Todo fué como un relámpago, pero con el Convenio de Amorebieta se quiso cerrar, cuando menos en Vizcaya, otro intento, pero aquel relámpago anunciaba la otra descarga del año siguiente. Realmente, de nada valieron los Convenios. Escasamente había pasado el año de la entrada de Amadeo I en Madrid. Y no pasaría el año —11 febrero de 1873— sin que abdicara. En el mismo mes llegaba a España la República «por una conspiración de la sociedad, de la naturaleza y de la historia», decía en su deslumbradora fluencia Castelar. En la monografía de Jaime del Burgo, la batalla de Oroquieta es el episodio final del alzamiento de 1872 en Navarra. El cuadro, por lo tanto, tiene las debidas proporciones, y el relato adquiere esa doble tonalidad, narrativa y patética, que necesariamente ha de tener la crónica de los héroes, sobre los que culmina, siquiera fugazmente, la esbelta figura de Carlos VII sobre el fondo ya verdeante de uno de los más finos y bellos paisajes navarros, en plena primavera. El autor tiene mano diestra y segura para la puntuación de datos y el matiz de la adjetivación: conoce, como nadie, la materia, objeto favorito de su constante estudio, y las páginas salen de su pluma con exactitud, precisión y belleza. Destacan entre las figuras Rada y Ollo, éste principalmente, y las vemos moverse, cimeras, en ese momento incipiente y apasionante en que los corazones, como la naturaleza, rebosan de ardor y de ilusiones. Encantador este pequeño libro, que se leerá con jugosa complacencia.—E. E.

(1) Jaime del Burgo. «Navarra en el Alzamiento de 1872.—El fracaso de Oroquieta. [Pamplona]. Ediciones «Siempre». [Edit. Gómez, 1951]. 72 págs. in-8.º.

OTRAS PUBLICACIONES

- J. Mz. de Marigorta*: «Historia del dogma asuncionista en la región vascongada». 72 grabados. Vitoria, 1951.
- Agustín G. de Amezúa*: «La vida privada española en el protocolo notarial». Madrid, 1950.
- Angel Rodríguez Herrero*: «Ordenanzas de Bilbao. Siglos XV y XVI». Bilbao, 1951.
- Juan Maluquer de Moles*: «Arquitectura prehistórica». Barcelona-Buenos Aires, 1951.
- Ramón de Abadal y de Vinyals*: «Els diplomes carolingis a Catalunya». Barcelona, 1926-1950.
- Enrique Miralbell Condeminas y José María Sagales Fontcuberta*: «El Real Monasterio de Santa María de Poblet a través de su abaciologio heráldico». Barcelona, 1950.
- Tomás Altaro Fournier*: «Vida de la ciudad de Vitoria». Madrid, 1951.
- Marqués de Lozoya*: «Introducción a la biografía del canciller Ayala con apéndices documentales copiados por él». Bilbao, 1950.
- Juan Albizu*: «Catálogo general del Archivo de la Parroquia de San Saturnino de Pamplona» (2.^a Edición). Pamplona, 1950.
- Fr. Augusto de Ja inmaculada O. C. D.*: «Psico-higiene de arte contemporáneo». Burgos, 1951.
- J[avier] I[barra]*: «Biografías de los ilustres navarros del siglo XVII» (tomo 2.^o). Pamplona, 1951.
- Emilio José Esparza Viela*: «Noticia curiosa sobre Olentzero en la Navidad de Lesaca». Pamplona, 1950.